

LA ESCUELA COSTARRICENSE



EN ESTE NUMERO:

**UNA CONFERENCIA
SOBRE EDUCACION**

por el Profesor

DON LORENZO VIVES

7863 - IMPRENTA NACIONAL - 1934

LA ESCUELA COSTARRICENSE

REVISTA PEDAGOGICA MENSUAL

Organo de la Secretaría de Educación Pública

Director: MOISES VINCENZI

AÑO II

San José, C. R., 15 de noviembre de 1934

Nº 24

Conferencia sobre Educación

*Señores Director, Profesores y
Alumnos de la Normal de Costa Rica.*

Señoras; señores:

Ocupar esta tribuna de la Casa España después de haber desfilado por ella los valores de la intelectualidad costarricense, es una temeridad que sólo puede disculpar el afán de corresponder al amable recibimiento que me hicierais en vuestra Escuela Normal de Heredia una noche que recordaré siempre. No mis merecimientos que son pocos, sino el deseo de recibirlos en esta Casa,—que hoy quiero que consideréis como la representación de la noble España,—me ha hecho que me atreviera a romper el ritmo de este curso de conferencias. Merecéis, Sres. Director, Profesores y Alumnos, mucho más de lo que yo os voy a ofrecer, lo sé; pero si no una profundidad de pensamiento; si no una erudición aceptable o una galanura de lenguaje, os brindo, sí, la franqueza de mi espíritu universalista y humanista a ultranza.

Y, ¿qué podía ofrendaros que no fuera una visión de la escuela forjadora de hombres? ¿De la escuela como realidad humana? Todos tenéis el claro concepto de la labor escolar adaptable a los tiempos actuales; comprendo que en vuestra Normal se enfocan problemas de alta humanidad; por esto os brindo este aporte mío, fruto de una labor persistente, tenaz y juiciosa de veinte años. No os habla, como ya sabéis, un teórico más; os habla un hombre de lucha que no ha sentido nunca el deseo de estancarse porque está convencido de que la nave de la inquietud noble del hombre, enjaezada con las jarcias de su ilusión, ha de arribar a puerto para descansar del rudo navegar; pero no para permanecer en él, engañado por un triunfo definitivo y atraído por la tranquilidad del remanso de la dársena. Será, pues, un aporte personal recogido después de una experiencia de veinte años en mi Liceo "Monturiol", centro que allá, en Cataluña, prosigue la labor que yo iniciara.

"La Escuela como realidad humana" es el tema de mi charla de esta noche. La escuela puede presentar, a los ojos intuitivos del sujeto, múltiples aspectos: cultural, educativo, instructivo, social, religioso etc. Ninguno de ellos me atrae porque me he empeñado siempre en considerarla como el yunque en el cual se modela la personalidad humana.

Hemos tergiversado por años y años su verdadero cometido y hoy estamos tocando las consecuencias: la crisis espiritual contemporánea; la bancarrota de las democracias; los ímpetus individuales que no se paran ante los dictados de las religiones; los principios jurídicos sin realidad tangible; el gusto estético invertido; el

culto al positivismo más frío, todo es fruto del abandono en que se ha tenida la escuela. No apreciamos la honradez y damos paso al servilismo; la caballerosidad más espontánea es sustituida por la repugnante hipocresía; encendemos una vela a Dios y una al diablo; nos decimos altruistas y damos unas migajas de lo que nos es superfluo, a los demás; blasonamos de demócratas y no hacemos nada por llegar a una democracia aristocrática; queremos una base genuinamente jurídica y no vacilamos en corromperla cuando nos conviene; nos decimos estetas y no sentimos sonrojo ante las estridencias de un jaz o ante una película cursi y simple; queremos pasar por universalistas y practicamos el nacionalismo más suicida; acostumbrados a dejarnos regir por nuestros sentidos, sólo damos crédito a las manifestaciones materiales y a este presente hipotético; vivimos sin proyectarnos en el futuro, única realidad y obramos el bien con miras a una recompensa remota. Internacionalmente, se pide la paz con las armas en la mano; en vez de tender a una solidaridad de pueblos, se practica el patriotismo más hermético; la unidad monetaria es reemplazada por la lucha más encarnizada a favor de la preponderancia de la moneda respectiva; las dificultades aduaneras aumentan en vez de disminuir; la incompatibilidad entre el capital y el trabajo crece más cada día porque se mira el problema subjetivamente. El panorama de este momento histórico no puede ser más triste para el hombre de buena voluntad.

Y, ¿dónde hallar el remedio a este estado anormal? ¿En las dictaduras? ¿En las autocracias? ¿En los regímenes parlamentarios? ¿En la resurrección de la idea imperial?

Permítanme una ligera digresión. Cuando a principios de este siglo se acentuó el problema nacionalista catalán y arreció en su contra la incomprensión del gobierno central, el ilustre primer Presidente de la extinguida Mancomunidad, don Enrique Prat de la Riba, opuso, a aquella cerrazón, una acción juiciosa de proyección interior: lograr una superación por la cultura para que, al irradiar ésta, Cataluña absorbiera la confianza del resto de España. "*Catalunya endins*", (Cataluña adentro), fué el grito que animó la lucha emprendida. Los palacios de la enseñanza que hoy enorgullecen el Principado empezaron a levantarse entonces. La Universidad Industrial, una de las mejores del mundo: la Escuela del Bosque y la del Mar serían bastantes para testimoniar la labor llevada a cabo por aquel político catalán. Pero, con los locales solamente no conseguía nada, hacía falta lo dinámico, lo técnico, lo espiritual: el maestro. Y para lograrlo, creó un Patronato,—el primero de España,—que funcionó independientemente del Ministerio del ramo y aun del Consejo de Instrucción Pública. Y, abrió un concurso entre el Magisterio oficial ofreciendo a los maestros que fueran admitidos, un sobresueldo de 3000 pesetas anuales y a los directores uno de 5000. No hay que decir qué lo mejor del profesorado primario español afluyó a las escuelas catalanas y, en seguida, Cataluña tuvo un renacer cuyos albores iluminaron las tierras de allende el Ebro. Bilbao, Madrid, Valencia, envían sendas comisiones a Barcelona a estudiar el funcionamiento de sus escuelas para implantar un sistema escolar parecido. No sólo logró crear, Prat de la Riba, una conciencia regional, sino que logró que otras regiones hispanas se sintieran espolgadas por su ejemplo. Pues bien, si que-

remos crear una conciencia universal capaz de reaccionar ante las falacias de la política, hemos de crear la escuela adaptable a los momentos actuales. La escuela que prepare al niño de cara al mundo; la escuela que, como la vuestra, cobije a pobres y ricos; la que respete la iniciativa personal del alumno y la estimule; la que considere como principio básico la intangibilidad del educando; la que ponga en juego una didáctica opuesta a la generalmente adoptada; la que acostumbre al niño a prepararse para la vida y no para unos exámenes; la que le hable de una comunión ecuménica; la que se asiente en principios netamente estéticos; la que sustituya la ciencia libresca por la indagación personal; la que enseñe a ir a Dios no por determinismos egoistas, sino por una apetencia de perfección espiritual.

Antes de describir esta escuela y para que se vea que las ideas actuales no son nuevas, quiero señalar, en el panorama histórico pedagógico, los movimientos de todas las épocas, haciendo exclusión de los pueblos orientales por no interesar a nuestra idiosincrasia.

Dejando aparte al pueblo espartano, dominado por el espíritu guerrero de los dorios, que presenta facetas tan dispares como el considerar a la mujer como elemento varonil impropio para el amor puro; el entregarse los jóvenes a la pederastia, práctica incomprensible y que, sin embargo, contaba con la admiración de poetas como Píndaro; el admitir un Estado del todo absorbente; el destruir la acción moral de la familia; el practicar el comunismo económico más crudo que luego fracasa después de destruir la democracia ática y su aristocracia artística, pasaré a considerar el pensamiento pedagógico de Atenas, y, en él, dos tendencias principales: la idealista de Platón y la positivista de Aristóteles.

En la "Oración fúnebre de Pericles" hallamos sintetizado el pensar del pueblo ateniense en materia de enseñanza. En ella se lee: "No educamos a nuestros niños mediante procedimientos de violencia; sino dejando que libremente se desarrollen hasta hacerse hombres. Amamos y cultivamos lo bello, sin vana ostentación. Amamos la verdad, tendemos hacia el conocimiento, sin dejarnos llevar, jamás, por la molicie ni la holganza". He ahí todo un programa de dinámica educativa.

Platón, más que nada, como verdadero espiritualista, tiende a lograr una educación que propende no solamente a llenar el fin inmediato de la vida, sino, más que todo, el remoto. Se deja influir por la escuela dórica en cuanto a la autoridad del maestro se refiere; pero, por encima de todo, es ático. En su "Estado" explana todo un sistema de pedagogía política. Este, según él, no es más que una categoría individual integrada por todos los elementos dignos y armónicos. Como los espartanos, quiere que sea el Estado el que regule la familia, la enseñanza, la elección de clase y, a ser posible, todas las actividades culturales, incluso las artísticas y científicas. Su espíritu aristocrático, cree posible un comunismo de mujeres, de hijos y de bienes con el fin de lograr matar el egoísmo, fuente de todos los males y lograr la formación de una gran familia. Hay que estar dotado de un pensamiento muy puro para poder comprender la idea de este superhombre. Los maestros quiere que sean los mejores ciudadanos para ilustrar con su ejemplo.

También, como en Esparta, admite el amor espiritual entre muchachos. La Eugenesia ya es bosquejada por él, pues quiere que sea el Estado el que regule los matrimonios. Sólo deberían unirse aquellos perfecta-

mente constituídos física y moralmente. Para el bienestar de la familia, abogaba también por una perfecta compenetración espiritual entre los futuros cónyuges. Al niño se le ha de hablar de la divinidad, buena e inmutable. Asimismo, desea que lo que haya de llegar a las manos del infante sea digno de él. La tutela del Estado la hace llegar hasta la selección de los más capacitados para ocupar los puestos directivos. No quiere erudición excesiva porque la considera más perjudicial que la ignorancia. Son las Matemáticas, para este pensador, un ejercicio modelador del pensamiento, ya que sitúan al espíritu frente a las normas puras. Respecto de la magistratura máxima de los pueblos, dice: "La dirección suprema del Estado no será ejercida por quien, en virtud de un proceso histórico casual se halla en posesión del poder, sino que corresponde a quien disfrute de la más elevada cultura y penetración humana". En su obra "Las Leyes", aboga por jardines de la infancia; pero separa a los seis años los niños de las niñas, cosa que no nos extraña, pues sabemos el triste papel que en la vida civil desempeñaba la mujer ateniense. A pesar de sernos muy simpático el idealismo platoniano, como hombres libres de hoy hemos de censurarle los defectos siguientes: un intelectualismo exagerado; sus temores respecto del arte; su falta de humanismo, ya que es esclavista y cierra las escuelas a las clases últimas de la sociedad; el menosprecio por la mujer como verdadera compañera del hombre y la autoridad exagerada que aceptaba en el maestro.

Aristóteles, igual que su maestro, considera la educación como la misión más sagrada del Estado y, como él, sólo la hace asequible a los ciudadanos libres. Qué lástima, que aquellos hombres cuyo espíritu predominó

por tanto tiempo en la civilización de los pueblos, no fueran más humanos, llevaran a las clases desvalidas el elemento formador por excelencia: la educación. Ahora pagamos las consecuencias de aquella incomprensión perdurable por tantos y tantos años.

Menos idealista que Platón, piensa en la libertad del individuo y quiere que toda labor educativa tenga una base moral. Más que ilustrar, conviene orientar las dotes naturales. La primera fase de la educación deben formarla la música y la gimnasia. La primera crea un refinamiento espiritual; la segunda, un endurecimiento corporal para evitar las aberraciones sexuales, porque como moralista, rechaza la pederastia. Es hombre práctico y no se hace muchas ilusiones en cuanto a los frutos de la educación. Aboga por el castigo, porque el hombre, según él, obedece más a la fuerza que a la razón. He ahí, pues, las dos tendencias que por largo tiempo se han enfrentado: la idealista, que lo hace basar todo en la parte emotiva y la positivista, cuyo arranque está en la parte volitiva.

Soslayadas estas dos orientaciones, pasemos a bosquejar el pensamiento romano.

En Roma aparece un elemento de capital importancia que tanto falta en el pueblo heleno: la madre. En Atenas, apenas si la mujer podía manifestarse: en Roma notamos su preciosa influencia. Después de los cuidados maternos, el padre se hacía cargo del niño y lo educaba. La instrucción consistía, a más de la lectura y escritura, en aprender la Ley de las Doce Tablas. Había de conocer, también, las gestas de sus antepasados. Ahí vemos la aparición del sentido nacionalista de la enseñanza, sentido que se debilita cuando Roma

se pone en contacto con Grecia y se deja absorber por su cultura. La influencia que el pueblo heleno ejerce en el romano, es tan poderosa como la que ejerce éste, después, en los pueblos dominados por él. Los pedagogos eran esclavos griegos y son los altos personajes romanos los que sienten la necesidad de conocer el patrimonio espiritual griego. Hasta el mismo Catón el Viejo, después de haber roto lanzas en contra de esta influencia extraña, se deja envolver por ella. Todo joven que se jactaba de aristócrata, había de saber el griego. La escuela era de iniciativa particular, tal como la quería Aristóteles. Como escritores de Pedagogía he de mencionar al citado Catón el Viejo, autor de "De liberis educandis" y "Praecepta ad filium", esta última muy significativa, pues marca un jalón en la vida familiar. El otro es el español Marco Fabio Quintiliano, autor entre otras obras, de "Institutio oratoria" que es un estudio completo de educación intelectual y moral. Quiere, como Platón, que el maestro sea elegido con esmero. Es partidario de la enseñanza privada y da consejos a los preceptores para que respeten la individualidad del niño. Sugiere un trato finísimo entre profesores y alumnos. De ninguna manera admite los medios físicos coercitivos y, como los griegos, da mucha importancia a la música.

Y llegamos a la fase de la historia de más trascendencia: el cristianismo, que marca una separación radical en las corrientes humanas pre y post cristianas. Las conquistas que el hombre logra con el advenimiento de la doctrina de paz traída por el Rabí de Galilea, son de orden social y moral: la esclavitud es detractada públicamente y es pregonada a los cuatro vientos la identidad de la especie humana; el capitalismo sufre un rudo golpe

conceptual por cuanto Cristo establece una incompatibilidad relativa entre la riqueza y la salvación del alma; la mujer alcanza consideraciones apoteósicas; la patria potestad se endulza y las relaciones entre padres e hijos se hacen más humanas; la moral pone restricciones valientes que únicamente han sido practicadas por aquellos puritanos primitivos; el carácter espiritualista de la vida queda sintetizado hasta la quinta esencia, aconsejando el despego de los bienes materiales para poder enfocar mejor la proyección de nuestra vida en un ambiente divinal. Para nuestro objeto, hemos de señalar las dos opiniones opuestas que existieron en el seno del cristianismo; la que huía del mundo y la que en él ascendía en el camino de la evolución. En la consideración de las obras clásicas, se marcan, también, dos bandos: el que no las estima porque se apartan de Dios y el que las admite porque en ellas se vislumbra el reconocimiento de una verdadera Divinidad.

En el grupo de los apologistas de esta tendencia está San Justino; en el de los que fustigan la filosofía helénica, Tatiano y Tertuliano. En cambio, San Clemente de Alejandría y Orígenes, sienten la necesidad de coordinar las creencias cristianas con estos conceptos filosóficos para poderse elevar, desde lo inmediato corporal de la fe, hasta el conocimiento racional. San Clemente admite una educación orientada hacia Cristo. Esta educación actúa desde un principio como razón divina, que encarna, luego, en la figura de Jesús. Orígenes, de una cultura enorme, trata de resolver el gran problema de "fe y sabiduría", y sus obras pasan, luego, por heréticas. Nacen, en seguida, las Escuelas Catequísticas dedicadas a la enseñanza de los catecúmenos, siendo la más

importante la de Alejandría, que empieza en la segunda mitad del siglo II. A semejanza de las escuelas de teólogos de Alejandría se crearon otras en Antioquía, Edesa y Nisibis. La sumisión del paganismo al cristianismo, se hizo muy lentamente. En cambio, la cristianización de las escuelas paganas se realizó espontáneamente, gracias a imposiciones de varios emperadores, Justiniano sobre todo, que en 529 prohíbe la enseñanza de la Filosofía haciendo cerrar la Academia de Platón que llevaba más de 900 años de existencia.

San Jerónimo representa el bando que se aleja del mundo. Después de una vida activa y de haber ayudado al Papa San Dámaso en la traducción de la "Vulgata", funda en Belén un monasterio, desarrollando en él una actividad literaria poco común y creando una escuela aneja en la que él mismo enseña.

San Agustín es el que mejor enlaza los dos extremos. El paganismo y el cristianismo son convenientemente trabados por este portentoso eclesiástico. En "Mis Confesiones", viene a decir que el paganismo estuvo muy lejos de llevar a los hombres a la verdadera felicidad; pero admite la ciencia antigua relacionada con la fe cristiana.

Si somos apologistas del cristianismo en ciertos aspectos eminentemente humanos, admitimos, por otro lado, su ineficacia en lo que a valor pedagógico se refiere. Así, por ejemplo: la educación estética desaparece de la escuela cristiana porque al cuerpo no se le ha de rendir culto, pensamiento muy arraigado, todavía, desgraciadamente, en lo que a la mujer se refiere; la suavidad de tratos preconizada por Quintiliano y por otros muchos clásicos, es sustituida por la dureza de las dis-

ciplinas; los ámbitos de la personalidad son reducidos; el imperio de la razón queda perturbado por el arribo de la fe.

Hemos de reconocer y agradecer el papel que en la civilización juega la iglesia. Ella es la que hace pasar a los germanos las obras de los clásicos, salvándose así, para los tiempos actuales, y logrando una uniformidad de vida intelectual entre los pueblos románico y germánico durante una buena parte de la Edad Media. Así se explica que Boecio, consejero del ostrogodo Teodorico, pueda traducir y comentar a los filósofos y matemáticos griegos; que Casiodoro, hombre de confianza del mismo Teodorico, funde el monasterio de Vivarium, e impulse la vida de los benedictinos haciendo que cultiven las artes pedagógicas y literarias. En Cartago es Marciano Capella quien brilla al lado del vándalo Geiserico y en España es San Isidro, obispo de Sevilla, quien, en medio del reino visigótico, modela la cultura medieval.

La dinámica cristiana queda plasmada en las Escuelas Monásticas. Egipto es el sitio en que se crean más, en el siglo II. Pacomio es el primero que reúne, en la Isla del Nilo, llamada Tabenna, a los anacoretas que erraban dispersos. Las Galias es otro lugar predilecto. Al admitir, los conventos, nuevos aires, consideran como trabajo manual útil, la copia de manuscritos antiguos, y gracias a los frailes se salvan los tesoros de la literatura clásica. Más tarde se fundan las escuelas adjuntas; primero internas y luego externas, asistiendo a ellas muchos seculares. La enseñanza era gratuita. Alguna de estas escuelas adquirió mucha importancia, como la de Corvey, que llegó a tener 24 profesores. El canto ocupaba

lugar predilecto. El régimen era severísimo y para imponerlo empleaban: el palo, las disciplinas, el ayuno y el encierro. No había vacaciones; pero sí días festivos. La fiesta más celebrada era la de los Inocentes. En ella, profesores y alumnos trocaban sus papeles, de un modo parecido a como obraban los romanos en las fiestas saturnales. Desde luego, fácil es comprender que la rutina imperaba en estas escuelas. Los textos eran escritos por los mismos alumnos al dictado, y luego se comentaban y aprendían de memoria. La iglesia fué la guardadora del latín; pero en cambio hay que criticarle la falta de sentido histórico; falta de capacidad de percibir, en su verdadero carácter, un período pasado. La Gramática absorbió casi la totalidad del tiempo de los alumnos. Seguía, luego, la Retórica y después, la Dialéctica, usándose, como práctica en su enseñanza, unas controversias sobre cuestiones teológicas. El cálculo entraba en el programa escolar y se usaron los ábacos. Siguiendo a Pitágoras, se estudió el significado místico de los números, a instancias de Alcuino. La Geometría fué la menos cultivada de las siete artes liberales.

La Escolástica. Esta palabra significa el conjunto de la ciencia que se enseñaba en aquel entonces. Hereda de la iglesia la última evolución de sus escuelas. Más tarde, se da el nombre de Escolástica a la Filosofía y Teología que dominaron a partir del siglo XI. Su base era la fe en los dogmas de la iglesia. Su objeto, la explicación del contenido de estos dogmas. Por esto dió tanta importancia a la dialéctica, enseñanza lógica. En el indicado siglo XI, Anselmo de Carterbury, funda el racionalismo escolástico al establecer, como San Agustín lo hizo antes, la relación entre la fe y la ciencia. Esta

escuela llega a alcanzar su máxima importancia cuando se descubren las obras de Aristóteles. Son, Alberto el Magno y Santo Tomás de Aquino, los primeros en incorporar la doctrina aristotélica al sistema filosófico y teológico cristianos. Una ventaja tiene la escuela durante este período de la Historia: que la enseñanza se hace menos empírica ya que gusta la Escolástica de ahondar en las causas de las reglas.

Otras manifestaciones de la actividad cristiana son: las escuelas parroquiales y las catedralicias, impulsadas, principalmente, por Carlomagno. Este emperador practicó una verdadera selección entre los hombres de ciencia para conseguir excelentes maestros, entre los cuales quiero mencionar a Paulo Diácono, Pedro de Pisa y Alcuino. De España llama al poeta visigodo Teodulfo. En 802 ordena a los padres llevar a sus hijos a la escuela. Es en este tiempo que empezamos a notar, en materia educacional, un contacto entre la iglesia y el Estado. En estas escuelas, era cuestión de fe esta sentencia bíblica: "Quien escatima los azotes, no quiere a su hijo". Basta pasar un ligero vistazo a las sanciones a los maestros que abusaban de los medios disciplinarios. "Si alguien golpea a su discípulo con la palmeta o con la mano, sin sacarle sangre, está libre de responsabilidad. Si sólo sangra por la nariz, tampoco puede imponérsele pena alguna. Pero si la sangre mana de otras partes del cuerpo y la lesión no ha sido causada por las disciplinas, el maestro debe indemnizar a los parientes y pagar multa al juez. Si lo mata, habrá de ser ejecutado. Nadie podrá dar a sus alumnos más de doce golpes".

La *Caballería* volvió a dar a la vida un sello de idealidad que tanta falta le hacía. Los caballeros, a más de

una preparación guerrera, habían de poseer una dicción elegante y cantar y tocar conforme a las reglas del arte. Todos conocemos la importancia del arte de trovar en Provenza primero y luego en Cataluña, Galicia y Castilla. La moral tenía un valor máximo. Debían los caballeros dominarse a sí mismos, respetar a la mujer y defender la religión. Vemos, pues, en esta educación, las características siguientes: una preparación distinguida, artística, no docta y no escolar. Por lo tanto, formación de una aristocracia moral, un sentimiento estético y un individualismo no intelectual.

Otro factor que juega un papel importante en el desarrollo de la mentalidad, es la escuela municipal. Las Cruzadas dan importancia al Mediterráneo. En sus orillas crecen ciudades populosas en las cuales el capital circula. Se establece un intercambio comercial y cultural entre estas ciudades entre sí y con el Oriente. Nacen, pues, nuevas necesidades culturales y los patricios municipales sienten la obligación de atenderlas. De ahí el establecimiento de las escuelas municipales. El Consejo las mantiene e inspecciona. En ellas sólo se da enseñanza elemental; la superior se reserva para las catedrales. Los alumnos pagan sus honorarios y el Consejo ayuda con algo, también. Como en todos los centros de la época, la enseñanza es memorista y poco racional. La disciplina, como es natural, muy severa.

Entramos, ahora, en los albores de la resurrección del espíritu clásico al llegar a la aparición de las Universidades. Es Italia el país que las ve nacer y Bolonia la primera ciudad. Desde el principio producen un cambio radical en la enseñanza, de tal manera, que bien podemos afirmar que son ellas las que traen el renacimien-

to pedagógico. Como los gremios, no son otra cosa que asociaciones de maestros y alumnos. Reciben favores de príncipes y reyes, tales como la exención del servicio militar para los estudiantes y la libre importación de artículos alimenticios. El Rector solía tener jurisdicción criminal sobre todos los miembros de la Universidad. A mediados del siglo XIII, algunas, excluyen la posibilidad de elegir a un profesor para el cargo de Rector, por que sólo los estudiantes podían ejercerlo. Fijémonos en lo que esta conquista representa: del hermetismo cristiano, pasamos a la libre intromisión del estudiante en la dirección de su vida universitaria. Tenía esta institución el sello corporativo de la Edad Media. Casi todos los profesores eran eclesiásticos. Para mantenerlos, los Papas y Reyes les asignaban fundaciones o prebendas. De esta manera los poderes espiritual y temporal se complementan y al entrar en ellas el espíritu cristiano, se universalizan. Las materias del trivium y del cuadvium eran la base de la preparación. La enseñanza se basaba en la lección y en la controversia. En determinados días de la semana ésta se verificaba entre maestros y alumnos, adquiriendo mucha importancia y contribuyendo a fortalecer la personalidad del estudiante. Es así como Duns Scoto adquiere el título de Doctor Subtilis por haber rebatido más de doscientas argumentaciones en contra de la Inmaculada Concepción. Durante la Edad Media, para ocuparse un cargo, no se necesitaba pasar por unos exámenes de eficacia relativa, por lo que aquellas Universidades no fueron, como las de ahora, unas fábricas de títulos, sino centros de cultura pura. Con el tiempo se fundaron colegios anejos destinados a albergar a los alumnos y proporcionarles cuidados morales. Así nació la célebre Sorbona.

Durante la Edad Media se conserva algo del clasicismo griego y latino. Así, la Escolástica se apoya en Aristóteles; la enseñanza, en el sistema de las disciplinas clásicas tradicionales que se comprenden en las siete artes liberales; la lengua latina era el idioma de los sabios y la base de una cultura superior. El cristianismo estrangula, en cierto modo, el caudal de las ideas y provoca un apartamiento de lo antiguo por ser pagano. Pues bien, el Renacimiento viene a dar a las cosas su justo valor y a resucitar el equilibrio del hombre y sus formas nobles. La Edad Media exige del individuo que subordine sus ideas subjetivas a una doctrina determinada, mientras que la antigüedad pretende resolver con la razón todos los enigmas de la existencia.

El Humanismo rompe las trabas medievales y eleva al hombre por encima de la fe ciega para que se acostumbre a dilucidar sus dudas en la luz de su razón. Aunque al principio arraiga en espíritus elevados, pronto las aportaciones de éstos dan vida y empuje a su corriente. Copérnico, Galileo y Kepler vencen a los pseudocientíficos y rompen las cadenas que aprisionaban la verdadera ciencia. En otros órdenes son Bacon y Descartes y luego Spinoza y Leibnitz quienes introducen un nuevo espíritu en las Universidades, y lo que es más hermoso, el culto al individualismo. Este culto que en nuestros tiempos es olvidado y sustituido por el afán de las grandes colectividades.

En los tiempos medievales el silencio y el aislamiento son factores comunes de una misma finalidad; el Humanismo defiende la comunicación personal y la exhibición de uno mismo en el discurso.

Victorino Da Feltre fué el primer pedagogo que se dejó influir por el nuevo torrente ideológico. Es él quien

da un esmerado trato al cuerpo resucitando la gimnasia; suaviza la disciplina hasta tal punto que su escuela es llamada la *Casa jocosa*.

Los humanistas alemanes son más reacios en admitir el elemento pagano sobre el cristianismo. Erasmo, Reuchlin y Melanchthon son los que más influyen sobre la escuela. Y sobre todo el pedagogo humanista por excelencia, Jacobo Wimpheling, de convicciones religiosas y morales. Con gran entereza, anticipándose a Lutero, combate con ardor las aberraciones de la vida eclesiástica de entonces. Otro pedagogo ilustre que trabaja por idealizar la escuela es Rodolfo Agrícola, del siglo XV. Se manifiesta contrario a la Lógica aristotélica y es, sin duda alguna, el que lleva la primera semilla del Humanismo en el seno de aquella importante organización escolar conocida con el nombre de Jerónimos, que tanta influencia ejerció en el movimiento pedagógico del Norte alemán, sobre todo, en la mente y en la dinámica de Erasmo, el hombre enérgico que había de luchar decididamente en bien de la libertad de la escuela. Por el retrato de Holbein podemos adivinar, en su rostro de rasgos enérgicos, al hombre de acción, de lucha. Su vasta cultura y su visión pedagógica quedan expuestas en sus volúmenes sobre educación. Su espíritu helénico se reconoce en las traducciones al latín de varios autores griegos. También editó el Nuevo Testamento y sus comentarios sobre las Sagradas Escrituras nos recuerdan a los enciclopedistas franceses del siglo XVIII. Pero el más importante de todos los humanistas educacionales es el venerado español Juan Luis Vives. Su contacto con Erasmo y Tomás Moro motiva el abandono del Escolasticismo y su ingreso en el Humanismo. En su obra

“Tratado de la enseñanza”, establece las relaciones que la Pedagogía ha de guardar con la Ética y con la Psicología. Como hombre práctico y ordenado, quiere una personal observación de la naturaleza. Se preocupa de la construcción de locales-escuelas. Como moralista que era,—recuérdense sus reparos ante el divorcio de Enrique VIII y Catalina de Aragón,—quiere que el maestro sea remunerado, solamente, por el Estado, para evitar toda relación económica con el alumno. Aconseja la colaboración de todos los profesores de un mismo centro en ciclos de conferencias. Por razones de moralidad, también, es detractor de las exposiciones de trabajos escolares pues reconoce que en ellas el factor que menos participa es el alumno. En cambio, quiere, por sobre todo, una escuela educativa. Es partidario de robustecer el cuerpo. Pide con insistencia la participación de los padres en la obra escolar. A base de una delicada selección, admite en los estudios superiores a aquellos estudiantes que demuestren poseer capacidad. Quiere la enseñanza del griego y latín como fuentes de conocimiento de la lengua vernácula. En su plan instructivo entran las Matemáticas, las Ciencias naturales, la Lógica y la Historia; pero, en cuanto a ésta, nada de relaciones de hechos políticos que nada dicen, sino acontecimientos culturales que marquen jalones en el ascenso de la civilización. Rehuye, como buen humanista, todo trato duro. Quiero mencionar, aunque sea muy someramente, a otro pedagogo, posterior, del siglo XVII, Juan Amis Comenio. Como buen filólogo desea que el conocimiento de las palabras se haga con el de las cosas. En su “Didáctica”, dice que el recto objeto de la educación es la formación de una verdadera humanidad. Según él, este deseo no es anta-

gónico del ideal cristiano, sino afín a él, de tal modo, que el mismo Cristo representa la realización de la idea de Humanidad. También, según Comenio,—con el cual tengo muchas afinidades,—la formación humana ha de preceder a toda otra preparación. Así dice: “Todos los niños, sin excepción, nobles y plebeyos, ricos y pobres, varones y hembras, ciudadanos y campesinos, deben gozar de la enseñanza, porque el hombre es hombre y todo el que ha nacido ha nacido para realizar la finalidad más elevada: ser hombre”. No quiere ninguna imposición. Era partidario de las enseñanzas que él llama correlativas y yo complementarias, por ejemplo: la lectura y escritura simultáneas. Otro escritor que ensalza la liberación del individuo, es Montaigne, del siglo XVI. Su culto al individualismo lo lleva a muchas exageraciones, como el de la enseñanza individual, por un maestro especializado. Dice que la escuela no le inspira confianza. En cambio es acérrimo enemigo de la enseñanza memorista. Como el anterior, el objeto de la educación ha de ser el hombre; pero el hombre íntegro, global. “Ce n’ est pas une ame; ce n’ est pas un corp qu’ on dresse: c’ est un home”.

Locke, del siglo XVII, es más serio que Montaigne. En su libro “Algunas ideas sobre educación”, se muestra categórico. Quiere que la virtud resalte en toda la obra educativa, para lograr la felicidad en esta vida, y en la otra. Como buen clasicista recomienda fortalecer el cuerpo y tratar al niño con miras a alcanzar la virtud completa. Quiere que no se posponga, como factor de segunda importancia, el régimen dietético a base de un vegetarianismo moderado, con exclusión del vino y los licores. No es partidario de que se imponga al educando

una confesión determinada y sí una idea de Dios. En vez de la cortesía superficial reglamentada, quiere la del corazón.

A fines del siglo XVII, en el seno del cristianismo se promueve una reacción a favor de la pureza de su primitivismo. La aparición del Renacimiento con su corriente humanista y, posteriormente, la Reforma religiosa, produce una serie de controversias que nada favorecen al verdadero espíritu universal de la religión cristiana. Los ortodoxos impertérritos quieren seguir discutiendo para restablecer el imperio de la fe y dan lugar al Pietismo. No hay lugar a duda de que esta nueva tendencia depuradora había de hacer renacer, en la escuela, aquellos conceptos cerrados que hemos vituperado en su lugar. Es por esto que quiero decir, aunque sea poco, algo de esta tendencia recesiva. El sentido ascético que el Pietismo desea aportar a la educación llega con Francke. Según él,—y los pietistas,—el niño está corrompido y sólo un régimen disciplinario puede depurarlo. Entre sus alumnos de la Universidad de Leipzig obtuvo buenos resultados en cuanto a honradez; pero fracasó en lo tocante a otros aspectos. Este fracaso lo movió a buscar otra orientación dentro de la práctica cristiana: el cuidado de los niños pobres. En efecto: funda su "Hospicio", que no fué otra cosa que una parte de su célebre "Fundación Francke". La base fundamental de su enseñanza fué la religión, haciéndose muy severa, como era de esperar, la disciplina, pues vuelven a aparecer los castigos corporales.

En todo intento de disertación de carácter pedagógico no puede faltar la figura de Rousseau. Admito que se hace difícil aceptar en todo su valor las afirmaciones

de este autor, por cuanto, su vida toda, es una sarta de incongruencias. Pero sí hemos de reconocer que su idea educativa había de promover y promovió, en aquella sociedad tan traqueteada, una influencia grande. La dureza de su vivir lo convirtió en un autodidacto. La cultura, para él, es la causa de la desigualdad de los hombres y no ve otra felicidad que la del que vive en el seno de la naturaleza. Su "Emilio" llegó a levantar la opinión de tal modo, que, a instancias de la iglesia, el libro fué quemado públicamente en París, por el verdugo. Nadie, como él, concebía la libertad de un modo tan primitivo. Fué un hombre amargado que sintió odio contra la aristocracia de la cultura. Como Comenio, quiere que el niño sea preparado para ser hombre completo. En contra de los pietistas sostiene que: "todo es bueno al salir de las manos del Creador". Los niños deben ser conducidos hacia la razón. Nada de libros: cosas. Su valor pedagógico es grande, pues no sólo combate la idea asceta de la educación predicada por el Pietismo, sino que prepara las cosas para que la lucha por la conquista de los derechos del hombre se precipite. En efecto, en seguida su voz encuentra un eco: Basedow. El mismo dice que la lectura de el "Emilio" le interesó tanto, que se sintió llamado a trabajar para el bien público desde la escuela. La felicidad de los pueblos la basa en la educación. Por esto quiere que sea el Estado el que rija la enseñanza. Manifiesta el deseo de que los maestros sean formados a conciencia y llega a interesar hasta a los mismos universitarios. Declara la guerra a la enseñanza libresca y quiere hombres útiles a la colectividad. Al fundar la "Sociedad Filantrópica", funda, de hecho, otra escuela ideológica: el Filantropismo. Su institución era un verdadero

seminario de maestros, que no sólo eran preparados con miras a la labor docente, sino humana y para el futuro, y, como que éste puede estar lleno de contingencias incidentales, los hace vivir, un día de cada mes, expuestos al frío, ayunando, durmiendo sobre una yacija de paja en el suelo. Se respetaban todas las creencias religiosas. "En el templo del Omnipotente rezarán fraternalmente unidos todos los conciudadanos disidentes", dice. El mérito del Filantropismo es el noble intento de oponerse al Pietismo practicando los principios humanos en la escuela. Tres eran sus propósitos convergentes: endulzar la disciplina, racionalizar la enseñanza y generalizar el sentimiento religioso.

El neohumanismo ratifica la obra de sus predecesores y lucha por independizar la ciencia. Pero las ideas más antitéticas pueblan el mundo del intelecto. Mientras para La Mettrie y Descartes todo es obra de un mecanismo, para Winckelman, Lessing y Goethe, es dinámica espiritual. Mientras Locke desprecia la poesía, en la "época de las luces", siglo XVIII, la virtud era *non plus ultra*, y a finales del siglo, lo más importante de la vida es el esteticismo. Mientras los pietistas se preocupan por el fin remoto del hombre conseguido a base de mortificación, los filantropistas muestran interés por el inmediato humano como medio de alcanzar el posterior.

Entre ellos se alza Rousseau con el estandarte de la cultura puramente humana y, con él, Kant que la hace converger a un fin moral. En contra, Goethe y Shiller, quieren una naturaleza humana perfecta. Resumiendo: a partir de los tiempos cerrados del Cristianismo y Germanismo, todos los hombres y todas las escuelas se mueven para retornar al ideal clásico, que perseguía, co-

mo ideal supremo, la belleza y la bondad. El mismo Nietzsche es un admirador de este ideal.

Fichte trabaja para lograr una educación nacionalista, pues quiere al individuo para la nación. Pero su ideal pedagógico es social. Para combatir el relajamiento de las costumbres de su pueblo, aboga por la coeducación desde los primeros años.

En Goethe vemos a! hombre inquieto, genial. El programa pedagógico contenido en su "Wilhelm Meister", sería, aún hoy, revolucionario.

No quiero terminar este desfile histórico sin coronarlo con la figura excelsamente humana del maestro de dulzuras: Pestalozzi. Es el apóstol que cifra todas sus esperanzas en su buena voluntad: por esto fracasa siempre. Es el humanista por excelencia, porque no teoriza; es el primer alumno de sus alumnos! Así dice él, y, qué hermosa frase! Hombre bueno, excesivamente bueno, que no puede concebir el mal y se fía en los hombres, que, desgraciadamente, son malos. Las primeras ideas pedagógicas las expone en "Veladas de un solitario". En "Leonardo y Gertrudis", se ocupa de la educación del pueblo. Los niños pobres son sus alumnos. En su "Nueva Alquería" establece un instituto para educarlos. Durante el verano han de trabajar en las faenas del campo; en invierno, hilan y tejen y, en horas especiales, se instruyen. Fracasado este intento, funda, en 1800, en el Castillo de Bruggdorf, otro instituto para educar hijos de familias pudientes y pobres. Era, al mismo tiempo, un centro de formación profesional. Pedagogos de todos los países lo visitaron y todos vieron en las ideas del maestro el amanecer de una nueva era. Un espíritu de solidaridad llegaba a maestros y alumnos. Allí no se sentía

la necesidad de los castigos. Traslada, luego, el instituto a Yverdon a donde van acudiendo visitantes de todo el mundo. Rechaza toda finalidad objetiva y sólo admite como realidad tangible la personalidad del alumno. No quiere, al revés de Rousseau y los neohumanistas, diferenciación en la clase.

Y, ahora, después de haber retratado, tan a la ligera, el ascenso del objetivo humano en la escuela, voy a intentar de exteriorizar el espíritu de una labor escolar de positiva eficacia.

Desde los albores de la infancia debe predominar una educación puramente sensorial. El resultado de las preparaciones posteriores depende de la forma en que hayamos atendido la perceptibilidad de los sentidos. La inteligencia del párvulo ha de evolucionar de un modo tan natural que sólo por el concurso de las aportaciones del mundo externo, presentadas intuitivamente, se crea un proceso de reacciones lógicas en la mente y ésta vaya adquiriendo los conocimientos elementales. Por esto alabo y admiro la orientación de Froebel, Montessori y Decroly encaminada a fortalecer al tierno alumno en cuanto a su sensorio se refiere. Pero, seamos razonables; admitir y practicar un método en su totalidad y aplicarlo de un modo general es, sencillamente, ilógico. El froebeliano, peca de falta de finalidad práctica; el montesoriano, de pesado y caro; el decroliano, de ser demasiado reducido su efecto. Como hombre eminentemente libre, no he podido, ni podré nunca, sujetarme a un dogma determinado, a una escuela filosófica, a un partido político ni a un método especial. Mi espíritu, dado a la investigación personal, se ha hecho su dogma, su filosofía, su política y su método, y esto es lo que quisiera

de todos los maestros, y de todos los forjadores de juventudes. Veamos, ahora, si puedo retratar mi escuela de párvulos. Quisiera, en los barrios obreros establecimientos pre-parvulares o escuelas maternales, para guardar los infantitos de las trabajadoras, en un ambiente inundado de luz, de limpieza, de color y de vida y en el cual, las alumnas de los cursos más avanzados de la primera enseñanza superior, practicasen, en determinados días, los cuidados más elementales de los niñitos. La preparación de la mujer como madre la tenemos totalmente olvidada y pagamos caro el descuido: una crecida contribución de vidas infantiles es el impuesto de esta desidia. El parvulillo, de ninguna manera debe permanecer pasivo: en jardines, bañados de sol y de luz, aromados por la fragancia de las flores; cuidados por manos femeninas,—no puedo sufrir hombres en este grado de la enseñanza,—deben recibir la preparación pre-escolar a que acabo de referirme. Que de ninguna manera entre el silabario en estos recintos. Objetos y sólo objetos. La lectura y escritura, más adelante, sólo con cosas a la vista. No pudiendo ser muy extenso, voy a hacer pasar ante vosotros una escena de mi "Monturiol". Imaginémosnos que queremos enseñar a los alumnitos más avanzados, la A y la I. Tocados con su delantalito blanco como la nieve, rodean a la profesora que tiene un objeto en las manos. ¿Qué? Una pipa. Tomándola por modelo, con parafina, la reproduce a la vista atenta de los niños. Una vez obtenida la reproducción, tratan todos de imitarla. ¿Lo harán mal? No nos interesa el modelado, nos interesa algo más: el interés por la atención; el adiestramiento de la mano; la educación de la vista; la obtención, por el propio párvulo, de objetos para estudiar concéntrica-

mente. La profesora ha preparado, con anticipación, la palabra PIPA, en diferentes tamaños, en cartulinas. Pregunta:—¿qué objeto hemos modelado?—Una pipa.—Bien. En esta cartulina que os presento hay escrita la palabra PIPA. Decidme, ¿qué dice esta palabra? ¿Y ésta?—es la misma en caracteres más reducidos—hace repetir la palabra, escrita en el encerado, silabeando. PIPA, procurando, al tiempo de pronunciar cada sílaba, de cortarla en la cartulina. Aislada la sílaba, hace notar los sonidos capitales: la I de PI y la A de PA, y conocidas las dos vocales, se procura que sepan escribirlas. ¿Cómo? Vamos a verlo. Las presenta recortadas en papel de lija, de diferente granulación, de manera que la resistencia al tacto vaya disminuyendo. Los niños resiguen con sus deditos el perfil de las letras y, después de haber repetido este ejercicio, varias veces, con tiza, las reproducen en el encerado. De un modo gradual y progresivo conocen todas las letras, partiendo de algo vivo que es la palabra.—expresión del objeto que el niño ha hecho;—en vez de hacerlo de la letra, que no tiene ningún valor para el párvulo. Me es grato hacer constar que por este método he conseguido resultados maravillosos. El objeto, modelado, nos proporciona múltiples motivos de enseñanza: el niño sabe que la pipa sirve para fumar; que se hace de madera; que ésta es producida por el árbol; que éste tiene hojas; que son verdes; que el árbol crece hacia arriba, que en primavera da flores que se convierten en frutos, etc. Calculen qué partido se puede sacar de estos elementalísimos conocimientos. Los dones froebelianos pueden auxiliarnos en la educación de la vista, aprovechando el tamaño, la forma, y el color y parte del material montesoriano,—que puede hacerse la misma maestra.—nos puede facilitar la tarea también.

Apartemos, sobre todo, de los niñitos, ciertas prácticas que con el nombre de trabajos manuales son de un gusto detestable. Que el canto y la rítmica se utilicen, desde la más tierna edad, en la persecución de un fin estético.

En la enseñanza primaria elemental y superior, debemos perseguir, más que un objetivo instructivo, uno educativo, estético y humano. Primeramente, ¿cómo han de ser los locales? Los mejores, sobre todo en los países templado-cálidos, son el parque, el jardín, el patio con flores y árboles. En los lugares en que esto no es posible, han de ser sencillos edificios con navés y pasillos vastos y elevados, de paredes estucadas, con alguna reproducción de las mejores obras pictóricas o escultóricas. Los griegos adornaban los sitios de la casa en que la futura madre pasaba más tiempo, con esculturas de una belleza perfecta, con el objeto de que se autosugestionara e influyera en el hijo que latía en sus entrañas. Yo también deseo que las aulas sean sobrias, bien iluminadas, con vistas al mar o la montaña, sin estridencias de ninguna clase, amuebladas con sobriedad, pero con lujo, con pupitres individuales, sin que las paredes ostenten otra cosa que alguna obra de arte, nunca mapas, cuadros murales y menos animales disecados, como en algunas partes he visto Hemos saltado de la barraca indecente, al palacio, y no es esto, ni barracas ni palacios; cuerpos sencillos y elegantes, sin recargamientos.

Base estética: Como finalidad espiritual, la escuela ha de mantener vivo el ideal estético en ella, por todos los medios a su alcance. Para lograrlo, cuenta con múltiples resortes, todos a la mano del maestro. En todos los actos, en todos los detalles de la vida escolar, se ha

de tener presente este ideal, que de faltar, falta la idealidad más delicada a perseguir. En las flores que aristocratizan el aula; en la limpieza de los pupitres; en la cantidad de luz que entra y en los uniformes de los niños, que deben ser siempre limpiísimos; en el porte y la dicción del profesor; en el trozo escogido para el dictado; en toda la actividad y en la presentación global de la escuela debe presidir la belleza. El canto, la danza, el modelado, el repujado, el esmaltado, la preparación de los cuadernos de deberes que no han de ser nunca productos industriales, sino elaborados y adornados artísticamente por los mismos muchachos, la pintura, son medios eficaces para hacer mover al niño en un ambiente estético. Se descuida este anhelo y, ahí tenemos la falta de gusto que caracteriza a la generación actual. Me interesa recomendarles vean los pocos frutos que de mi visión pedagógica he traído del citado Monturiol, para que vean la importancia que daba a esta finalidad, frutos pobres, lo sé, pero que dicen la orientación que daba a la enseñanza. No solamente se ha de procurar impregnar el alma del niño de culto a la belleza, sino despertar en él el espíritu crítico, que tanta falta hace. En lo que a la música se refiere, hacía, con mis alumnos, lo siguiente: les hablaba de la personalidad de un autor, de su temperamento, de la influencia de su época, de su producción y, luego, les hacía escuchar, en un aparato fonográfico bueno, música suya. En otra sesión tenían de hablarme de algo concerniente a lo aprendido acerca del autor referido, o bien escribir sus conocimientos al respecto. Cuando habían conocido algunos y habían oído algo de su producción, ponía una pieza al azar en el fonógrafo y, después de haberla oído, hacía preguntas de

este estilo: ¿De qué autor os parece que es esta música? ¿Por qué os parece que es de él? ¿Qué diferencias y analogías encontráis entre este autor y otros que conocéis? ¿Os gusta esta pieza? ¿por qué? Etc. No era nada difícil conseguir que niños de doce años hicieran comentarios musicales con personas mayores.

Fin instructivo. A pesar de ser la escuela contemporánea eminentemente instructiva, adolece de un arcaísmo didáctico. La metodología es la misma de hace cien años. Se hace todo al revés. En los estudios geográficos, por ejemplo, obramos tan tontamente que en vez de hacer desfilar por la mente del educando una serie de hechos naturales graduados por orden de sus causas, partiendo de lo concreto a lo abstracto; de lo inmediato a lo remoto; se hace sin ningún fundamento racional y menos científico. Empezamos por aprender lo de fuera en vez de lo de dentro; lo desconocido, en vez de lo conocido. Sabe el niño, la mayoría de las veces, el nacimiento de un río lejanísimo y en cambio desconoce el del que baña su comarca, y, a lo mejor, su ciudad. Sabe de la potencia industrial de un pueblo que no visitará nunca, e ignora la de su comarca, región, o país. Y es que nos empeñamos en hacer las cosas mal. He ahí el plan empleado por mí. *Geografía de la ciudad:* emplazamiento, población, natalidad, mortalidad, comentarios sobre las causas que determinan su exceso o defecto; principales industrias; comercios más importantes; centros culturales; calles más notables; monumentos y lo que simbolizan, etc. etc. Luego pasábamos al estudio de la comarca, siguiendo este plan lógico: situación; relieve; influencia de estos dos factores sobre el clima: id. del relieve y el clima sobre el carácter de los ríos; id. de los mismos factores sobre

la producción; id. de ésta sobre las actividades humanas; la de éstas sobre el carácter de la población, etc. De un modo parecido estudiaban todo el país; pero no siguiendo la división artificial hecha por las conveniencias humanas, sino las regiones naturales. Así, por ejemplo, en España cada una de las siguientes, a saber: Meseta Central; Región Cantábrica; Valle del Ebro; Región Mediterránea Catalana; Región Oriental y por fin la meridional con el Valle del Guadalquivir, la costa atlántica y la mediterránea. Y en cada una de las regiones seguíamos el mismo plan, así como en el estudio de los otros estados europeos y no europeos. Y, ¿en historia? No tenemos bastante con hacerla consistir en un desfile desdichado de hechos políticos sin valor alguno, en vez de ser un estudio sereno y comentado de avances de civilización, que nos empeñamos en seguir el orden cronológico contrario al que nos dicta la razón. En lugar de empezar por estudiar el momento presente, arrancamos de los tiempos oscuros de la proto y aún, de la prehistoria. Aprovechamos todas las oportunidades para despertar en el niño el sentimiento nacionalista, que si es conveniente cuando se hace moderadamente para desarrollar el amor a la tierra, es criticable cuando hace nacer odios de raza y separaciones en la gran familia humana.

En cuanto al cálculo, no hemos avanzado nada desde los tiempos más remotos. Se enseña con la misma parsimonia, con la misma falta de racionalidad de siempre. Tendríamos que dar una base científica y, por lo tanto, sería y, en cambio, nos empecinamos en aprovechar aquellas propiedades numéricas que más tiempo nos hacen perder y menos resultados prácticos consiguen. Ya

he tenido ocasión de hablar, desde "Celajes", de este tópico y, dentro de poco tiempo, saldrá a la circulación un tratado de cálculo rápido, cuyo fin es desterrar la rutina en esta rama de la didáctica. La gráfica ha adquirido una adaptación universal, ¿por qué, pues, no ha de aplicarse en la escuela desde los grados primeros? He obtenido, con ella, resultados magníficos, pues no sólo me ayudaba para dar un carácter intuitivo a esta rama de la enseñanza, sino que me servía para desarrollar el poder inventivo de los alumnos. Muchos problemas, de difícil solución por el cálculo numérico, resultan de una sencillez asombrosa cuando se les aplica la gráfica correspondiente. Veán, si no, la ahí expuesta correspondiente a la cuestión que el célebre calculista francés, Lucas, puso a la consideración de sus compañeros de un Congreso Científico y que es: De L' Havre y de Nueva York, sale, cada medio día un vapor, respectivamente, de la misma compañía. Emplean, en hacer la travesía, siete días, exactamente. ¿Cuántos vapores de esta compañía encontrará en el camino el que salga de L' Havre, hoy, al mediodía? Nadie supo dar la solución y él, en cambio, con la gráfica de referencia, la dió en un momento.

En la enseñanza de la Gramática vamos de mal en peor. Martirizamos al pobre niño con un farrago de reglas que son su tormento más terrible. Todavía hablamos de las clásicas diez partes de la oración con imperturbabilidad académica. Y admitimos doble naturaleza en el participio, pero un solo oficio en las otras palabras. Decimos, que la palabra *caído* es verbo en: *la hoja ha caído* y adjetivo en: *la hoja caída es llevada por el viento*. Y no queremos ver que si *roca* es sustantivo en: *esta roca enorme*, ya no lo es en: *Tiene un corazón de roca* y me-

nos: *Se portó como una roca*, pues en la segunda, obra como un verdadero adjetivo y, en la tercera, como un adverbio de modo. Admitimos como accidentes las variaciones de género, número, caso, persona, modo y tiempo, y no lo admitimos en la de grado. De manera, que sí ha habido cambio en *niños* y *niña*, de *niño*; pero no en *óptimo* de *bueno*, a pesar de haber habido un cambio radical, y, por lo tanto, un accidente verdadero. En el análisis, acostumbramos hacer ver las palabras como entidades fijas, invariables, como si siempre representaran el mismo oficio y éste no dependiera del lugar que ocupa el término en la oración. Continuamos considerando la palabra como algo vivo, siendo así que nadie habla con palabras sueltas, sino con entidades de palabras. El polígrafo Eduardo Benot ha tiempo que clamó en contra de las tendencias de la Academia. Las necesidades de la lengua tienden a resumir; pero las del pensamiento hacen que una idea necesite más de una palabra. Con la palabra *libro*, por ejemplo, no expresamos nada, necesitamos más ideas que completen el sentido. *Libro nuevo, comprado ayer en la Librería Universal*. Etc. etc. No puedo extenderme, ya que el tema es tan vasto, que presenta materia para varias conferencias, todas ellas interesantes.

En la Geometría operamos con ambigüedades. Si la naturaleza no es más que una combinación de formas, esta ciencia debería ser, en lo que toca a la enseñanza primaria, el estudio de estas formas: puras y combinadas y para lograrlo debíamos tenerla a nuestra vista. ¿Obramos así? no! Queremos obrar en un mundo de abstracciones.

Y estos defectos capitales señalados tan a la ligera en la enseñanza de las materias detalladas, existen en lo

que concierne a Ciencias Naturales, a estudios físico-químicos, al Derecho, etc. Falta, en todo, un sentido de comprensión de lógica elemental.

Sentimiento religioso. Como Baridon, deseo que "en el Gran Templo del Omnipotente quepan todos". Y que la escuela sea el Templo máximo en el que no se imponga dogma determinado. Que la idea de la Divinidad, única e invariable, penetre en la mente del niño de la manera más sutil, más delicada. Algo he escrito, también, a este respecto. Lejos, muy lejos de los hombres conscientes aquellos que quieren apartar de la clase la idea de Dios, empezando por arrancar de ella la imagen de Cristo crucificado: el monumento más elocuente que simboliza a toda la humanidad doliente: pero sí que pido el respeto más absoluto en cuanto a la imposición de un dogma se refiere. Fortalecer, ayudar, desenvolver el conocimiento intuitivo que de Dios tenemos; pero con reverencia, con la más acrisolada dignidad. Miente quien dice que conoce a Dios; siempre será incognoscible para el hombre. Lo vislumbramos, lo presentimos, lo llevamos dentro y, como dice el gran Maeterlinck "cuanto más vamos a El, El más se aparta; cuando más creemos conocerlo, menos lo comprendemos, pero más seguros estamos de su existencia". Nada del temor del infierno ni de las promesas del cielo. Ello crea determinismos egoístas. La gran mayoría de los creyentes hacen el bien para merecer ese "cielo prometido" y para apartarse del "infierno tan temido", como expresa San Francisco Javier. No, el bien debe practicarse por el bien mismo y el mal no debe hacerse por propia dignidad. El niño debe comprender que estamos en un momento de nuestra evolución y que ésta ha de continuar más allá de la muer-

te, por lo que hemos de obrar de acuerdo con los dictados de nuestra esencia espiritual. Acostumbrémonos a mirar como puramente temporal esta vida, como un paso a una eternidad definitiva, y crearemos un desapego de las cosas terrenas y un gusto a vivir sin afanarnos en acumular riquezas que han de dejarse cuando se emprenda el gran viaje. Ese egoísmo secular, causa raíz de todos los males, podría debilitarse, si no desaparecer totalmente.

Y del libro, ¿qué diremos? Que es la rémora que retarda más la dignificación de la escuela. Nada de libros de texto, que crean criterios cerrados, tendencias erróneas, partidismos detestables. Quiero el trabajo personal del maestro y la investigación del alumno en la biblioteca. Se me dirá: ¿un alumno de pocos años, también ha de investigar? Un alumno de pocos años ha de tener constantemente a su alcance, cosas, cosas y más cosas: nunca libros.

Y, ¿los exámenes? Otra pesadilla que hay que desterrar de la primera enseñanza y de todos los grados. Esos ejercicios mecánicos, en los cuales prevalece únicamente el criterio del profesor, deben sustituirse por otras pruebas que tengan, a más de una solvencia moral, una base científica. Hoy, nuestro joven alumno de Liceo y Universidad, no estudia para la vida, estudia para el examen. Se empuchaga, mecánicamente, una serie de opiniones ajenas de dudosa aplicación para poder salir airoso y ganar un título. Y así salen ellos, luego: Completamente desorientados, ineptos, obligados a empezar una autopreparación real y efectiva. No, exámenes caprichosos no; pruebas científicas que nos den coeficientes perfectamente controlables a cada momento y que entren a formar nuevas aportaciones en la ficha personal del alumno.

Y entremos, como final, en la parte medular de la escuela. ¿Cómo ha de actuar el niño en ella? ¿Bajo la autoridad despótica del maestro, anuladora de toda iniciativa personal y privadora de todo asomo de personalidad? De ninguna manera. La crisis de personalidad que caracteriza a esta generación ha de ser vencida por la labor escolar. ¿Cómo? respetando íntegramente la personalidad del niño para que ella se manifieste plenamente y dé ocasión de conocerla; para corregir lo malo que en ella haya y para fortalecer lo que de bueno posea. Es preciso, inminentemente preciso, crear una humanidad nueva a base de individualidades fuertes y conscientes; individualidades que sientan el orgullo de ser hombres y que sepan erguirse con varonil arrogancia, cuando una doctrina, un partido, una corriente, quieran dominarlas, subyugarlas, anularlas en nombre del culto a la colectividad. Nada ha de querer con esta colectividad que se deja tratar como oveja sin voluntad propia; nunca ha de dejarse absorber por esa organización abstracta que se llama Estado: el individuo no ha de ser para el Estado y sí el Estado para el individuo. La libertad por encima de todo, que el hombre es hombre mientras tiene la libertad; pasa a cosa, cuando la pierde. Amante de la democracia más pura, pero una democracia asentada en bases de mutua comprensión nacidas de la conciencia más abierta, hija de la cultura más espiritualizada.

Veamos cómo quiero que obre el niño en la escuela. Hasta ahora sólo se le han reconocido deberes y ningún derecho: no, el niño tiene más derechos, que deberes. Derecho a participar en la vida interna de la escuela; derecho a ser tratado como ser dotado de razón; derecho a no ser maltratado; derecho a ser respetado en sus con-

vicciones nacientes, etc. Y, siendo, como es, la escuela, una sociedad de niños presidida por el maestro, han de ser los niños los que han de regular la vida de esta sociedad. Veamos cómo al principiar el curso los alumnos eligen, el comité directivo que ha de regir la vida de la clase. Este comité redacta los estatutos internos que son discutidos y aprobados por mayoría *después de haber sido puestos a la consideración del profesor*. En ellos se hace constar: fin que persigue la escuela; derechos de los alumnos; deberes; sanciones a aplicar a aquellos compañeros que infrinjan el reglamento, todas ellas siguiendo a Spencer en su teoría de las reacciones naturales, etc. Una vez aprobados, los estatutos empiezan a regir y, desde entonces, el maestro se inhibe. Es el comité el encargado de velar por el orden de la clase. Las faltas de puntualidad, de asistencia, aseo, aplicación, moral, etc., son sancionadas por él. El maestro es el último juez al que puede apelar el penado. Se crean, además, varias comisiones destinadas a regular las distintas actividades del aula: la de sport y excursiones, biblioteca, conferencias, etc. No hay que decir que el maestro se siente feliz entre unos niños, o muchachos que tienen pleno conocimiento de su situación en la escuela y en la vida. Sí, paso a la iniciativa individual del alumno para que pueda manifestar las primeras expansiones de su personalidad que serán encaminadas con miras al bien, a la belleza y a los más depurados principios de humanidad; paso a la sed de justicia que se alberga en el alma virgen del niño, para que la escuela se convierta en algo vivo, eficaz, dinámico, humano, que moldee al hombre de mañana, al hombre que repudie la guerra; que vaya a la gran confraternidad universal; que cree un Estado en el que cada

uno ocupe el sitio que le corresponda; en el que se continúe la paz y camaradería iniciadas en las aulas; en el que el dinero no sea elemento perturbador y creador de diferencias; en el que se controlen científicamente los nacimientos; en el que los niños tengan los cuidados más exigentes; en el que todo ciudadano haya de trabajar y pueda vivir decorosamente de su trabajo sin temor al llegar a viejo, al hambre y al frío, porque se velará por él; en el que los principios básicos cristianos no sean una utopía, sino una realidad viviente.

Cuando la llegada a Cataluña de las primeras remesas de niños balcánicos y rusos que huían de sus países acosados por el hambre, yo fuí de los que se ocuparon en establecer, durante el período de vacaciones, un intercambio regular internacional, con el fin de estrechar las relaciones espirituales entre los hombres del futuro en todo el mundo.

De la escuela altamente humana ha de salir la nueva sociedad asentada en bases morales, estéticas y jurídicas. La sociedad que rechace todo atentado a la belleza, a la decencia y dignidad humanas; que sepa respetar la iniciativa particular, pero poniendo límites a las prerrogativas del capital; que el sentido ecuménico sea tan arraigado que llegue a formar de todos los hombres una gran familia; que el espiritualismo más delicado inunde y perfume todos los actos de la vida; que la cortesía no sea una exigencia social, sino la expresión franca y sincera de nuestra personalidad interna. Tengo tanta fe en la escuela que llevo dentro de mi espíritu, que la capacito para llevar al hombre a la consecución de sus ideales de dignificación por lenta y paciente evolución, por los caminos del derecho, en contra de la tendencia de la hora

presente de curar los males de la generación actual de un modo destructor y cruento para asentar las conquistas entre los despojos humeantes de la gran tragedia. No destrucción, no; afán de superación colectivo logrado a base de perfección individual. Que la felicidad no se halla en las conquistas del dinero sino en el arribo de aquella serenidad que posee el hombre que vive desligado de toda necesidad superflua. Proyéctémonos en nuestro interior para que veamos si somos dignos de nosotros mismos. "Paz, paz, en la tierra entre los hombres de buena voluntad". Estas palabras de Cristo, el Hombre por antonomasia, dan cima a mi disertación de esta noche que si ha resultado pobre en cuanto a valor pedagógico, es, esto sí que os lo aseguro, muy rica en sinceridad. Buenas noches.

Noche del día 28 de octubre de 1934.

Lorenzo Vives